

esta otra palabra caída de la boca del Criador: Que las cosas sean. ¿Quién, pues, ha osado pretender que la fé cristiana abaja al hombre? ¿Y quién nunca jamás profirió una palabra tan eficaz como la de María?

Este es el misterio fundamental del cristianismo, misterio por el cual se ha manifestado Dios en la carne y hecho sensible, y por el cual fué predicado á todas las naciones y conocido del mundo entero. ¿Quién podrá, sin conmovirse, trasladar su pensamiento á esta pobre morada, á este angosto retrete en donde tan altas maravillas estan pasando entre el cielo y la tierra? Aquel de los dos evangelistas al cual se da una águila por símbolo, á causa del vuelo elevado de su inteligencia y por el poder de su mirada, recorriendo á los hombres los esplendores de Dios, escribe al frente de su Evangelio: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él nada se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.....»

Esta era la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció..... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad, y hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre." Este Verbo Eterno y poderoso es el que vino á incorporarse en la debilidad de nuestra naturaleza, hacerse humilde, manso, paciente: dar el nombre de Madre á nuestra hermana; la hija de Adán, y darnos á todos el nombre de hermanos suyos, con una inaudita ternura.

La pobre choza de Nazareth se ha trasformado en una Iglesia y santuario subterráneo que forma parte de ella. La iglesia es una pieza en tres naves; debajo del altar una escalinata de algunas gradas, conduce á una capilla iluminada por lámparas de plata, formada por un peñasco naturalmente cortado á modo de bóveda, y al cual el arte ha impreso su última forma; y á este

peñasco, conforme lo refiere la tradicion, estaba unida la casa en donde resonó la salutacion angélica. ¿Quién no habrá deseado arrodillarse sobre este suelo, besar sus piedras, llevar allí el recuerdo de todas las personas que Dios le ha hecho queridas, y reclamar sobre los males de la humanidad la compacion de aquel que hizo escuchar allá los vagidos de la débil infancia, y deramó sus primeras lágrimas?

Desde que el Hijo de Dios se hubo por sí mismo formado un cuerpo de la mas pura sustancia de su santa Madre, le inspiró el proyecto de ir á visitar á su parienta Elisabeth, y de manifestar con este paso que su caridad igualaba en grandeza á su destino. No emprendió, pues, este viaje por mera curiosidad, ni para cerciorarse con sus propios ojos de la realidad de un suceso que se apartaba de las leyes ordinarias de la naturaleza; pues no puede sospecharse en ella el mas leve asomo de duda ó de incertidumbre á las palabras del celestial enviado: lo emprendió movido por los mas generosos sentimientos de gratitud hácia unos parientes, á cuya sombra protectora habíase deslizado su infancia, y para felicitar á su prima por el prodigio que Dios habia obrado en su seno, y prestarle los buenos oficios de la mas pura y solícita amistad. Con permiso, pues, y beneplácito de su esposo, en la estacion de las rosas, se puso en camino y atravesó la Judea en toda su longitud, si Elisabeth, como se cree, tenia su domicilio en Hebron. Si empero habitaba en Ain ó Aden, á dos leguas del Sur de Jerusalem, donde Santa Helena hizo fabricar una iglesia en el lugar en donde estuvo la casa, le fué preciso andar cinco dias de marcha, pues tal era la distancia de Nazareth á aquella ciudad, teniendo que atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria y casi todas las tierras de Judá, por un país erizado de montañas, cortado por torrentes y sembrado de desiertos.

No se sabe quién acompañó á María en este largo viaje, pues si no fué José, como se cree, nunca una mujer judía jóven, hermosa y delicada, se hubiera aventurado sin una escolta respetada.

ble, á separarse de su casa á tanta distancia. Es indudable que el espíritu de Dios entró en el encuentro de estas dos ilustres mujeres. La Virgen fué la primera que se humilló en dar el saludo á su prima, que llena de alborozo y de afecto habia salido á encontrarla. "La paz sea contigo," dijo María en voz trémula y entrecortada, como quien oculta en sí un grande misterio. La faz de María se fué encendiendo poco á poco, como si pasase en ella algo de portentoso y extraordinario. Al mismo tiempo el espíritu profético descendió sobre Elisabeth, la cual penetró el misterio augusto de la Encarnacion que la modestia de María le ocultaba, y se tuvo por muy feliz de recibir á la Madre de su Señor. "Tú eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas. ¿Y de dónde me viene tanta dicha de que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque luego que tu voz ha llegado á mis oidos, cuando me has saludado, mi hijo ha saltado de gozo en mis entrañas, y tú eres dichosa porque creiste, pues cumplido será lo que se te ha anunciado de parte del Señor." Entónces María, oponiendo á aquellos elogios el sentimiento profundo de la humana flaqueza y de la misericordia divina, pronunció aquel cántico sublime, al que se ha dado por nombre, la gloria de los humildes y la confusion de los soberbios. Y aunque en el uso comun de la vida no esté admitido en una visita entre primas extasiarse de repente en un raptó lírico, en aquella tierna y majestuosa escena mediaba con evidencia el espíritu de Dios, y el mismo poder, la misma inspiracion que puso en lábios de Elisabeth la revelacion del arcano adorable, puso en boca de María el himno profético, primer cántico de la nueva ley, y el mas hermoso de las Escrituras Santas:

"Transportada de júbilo mi alma

Al Señor engrandece y glorifica,

Y al mirar su bondad omnipotente

Mas se enagena en célica alegría.

Porque su ojos se dignó benigno

Fijar en la humildad de su cautiva.

Las generaciones venideras

Me llamarán feliz por esta dicha,

Asombradas de ver como el Potente

Que sobre el sol la creacion domina,

Y cuyo nombre es inefable y santo,

Prodigó sobre mí sus maravillas.

Su clemencia inmortal todos los siglos

Llena, y consoladora vivifica

Las generaciones que le temen:

Así cuando le place la infinita

Potencia de su mano creadora

Ostenta: á veces la altivez impía

Del demente mortal envanece

En un momento súbito disipa.

A los vanos colosos de la tierra

Fulminador al polvo precipita,

Y á los pequeños, que humillara el mundo,

A la cumbre mas alta los sublima.

A los hambrientos la abundosa mano

De sus ricos tesoros les prodiga;

Y al que en el oro y en delicias nada

A la indigencia escuálida le humilla.

En su arcano eternal ha decretado

Exaltar á Israél, porque no olvida

La piedad con su pueblo predilecto.

Y la promesa nos será cumplida

Que hizo á Abraham, y á nuestros padres

Y estirpe por edades infinitas."

Este himno, tan noble en su sencillez, ha sido mirado siempre como el canto de triunfo de la humanidad regenerada, y ved ahí por qué en la Iglesia se reza en pié, con un ceremonial particular, en un tono de victoria, entre las unánimes aclamaciones del pue-

blo fiel, que ratifica las palabras de la Virgen, nombrándola bienaventurada, y toma parte en sus júbilos y en su gloria como en una herencia legal por una madre.

María permaneció cerca de tres meses en la casa de Elisabeth, prestándole con tanta solicitud como agrado los deberes de la caridad mas afectuosa; y prescindiendo de si asistió ó no al parto de su prima, hasta dejarla fuera de peligro, échase de ver cuánta debía ser la santidad de su vida, y cuán ardiente brillaría la llama de su puro y abrasado corazón, adorando al Dios que llevaba en sus entrañas, y contemplando y bendiciendo su poder en medio de las castas y hermosas escenas de la naturaleza solitaria que á su vista se desplegaban. Regresó despues á Nazareth, volviendo otra vez á la quieta oscuridad de su vida y á sus humildes ocupaciones. Aquí empieza la tétrica incertidumbre y la dolorosa perplejidad del amante y discreto esposo, que atravesaba el alma recta y candorosa del grande patriarca. “Al principio no quiso dar crédito á sus ojos (dice Orsini, y trascibimos una parte de este pasaje por ser de lo mas precioso de la obra) y creyó en razon dudar del testimonio de sus sentidos, que de la pureza de una esposa que siempre habia mirado como un prodigio de candor y santidad. Preguntábase si era dable que una mujer tan circunspecta, púdica y fervorosa, una mujer cuya belleza solo excitaba pensamientos dignos, y cuyas mas indiferentes acciones presentaban el carácter del cielo, hubiese faltado al honor, ajando el nombre del que en su casa la acogiera cual una cosa santa. Esto era imposible, era una sugestion infernal, y José desechaba tal pensamiento como una blasfemia. Pero el estado de Maria haciase cada vez mas perceptible, *reconocióse que estaba en cinta*, dice el Evangelio, significando que toda Nazareth se enteró de ello; y que los parientes de José, ignorando el casto vínculo que unia á los dos esposos, ofrecieronle con inocente corazón parabienes crueles, que hubo de sufrir sin inmutarse, y que de repente disiparon su duda con una luz semejante al rayo. ¿Qué hacer en tal caso? ¿mantener en su compañía una adúltera? Esto fuera pecar contra la ley y cubrirse de

infamia ante la misma, puesto que Salomon habia reputado por loco é insensato al que así procediese. ¿Repudiarla sin exponer el verdadero motivo? Pero María en aquella situacion quedaba deshonrada por el hecho del repudio: jamas se creeria que un hombre grave y timorato, un hombre de costumbres severas y sencillas, repudiase de un golpe á la madre y al hijo sin los mas imperiosos motivos. ¿Cómo pues salir de tal laberinto, que en cualquier desenlace presentaba la infamia y la muerte? José no se atrevia á fijarse en ningun partido, y permanecía abatido hasta el extremo.

Entónces debió felicitarle la Virgen de haber unido su suerte á la del pobre artesano; con cualquier otro marido su muerte hubiera sido trágica y deshonrada su memoria; porque los judíos llevaban al exceso el fanatismo del honor y los resentimientos de los celos, como lo acreditan las historias de Dina, de Thamar y de la noble Mariamna. *Los celos son terribles como el infierno*, decia Salomon muy conocedor del pueblo sometido á su cetro, *y el marido no perdona en el dia de la venganza*. El vínculo fraternal que unia á José con su jóven esposa excluía á la verdad los trasportes de la pasión y los furoros de los celos; pero quedaba el honor israelita, quedaban los tormentos del padre y la cruel decepcion del hombre que vé cambiarse su tesoro en un objeto despreciable; quedaba la sentencia imponente y rigurosa de Jehová, que dijera por su profeta legislador *muerá la adúltera*. José fluctuaba incierto entre mil contrarios proyectos, y mil vidas hubiera dado porque le dijera otro Daniel: “Esa mujer es inocente y pura.” Pero ningun profeta le daba tal seguridad y la misma María guardaba un absoluto silencio.

De lo alto de su trono estrellado miraba complacido el Eterno al hombre justo, á quien expusiera á una prueba tan cruel ántes de elevarle al inaudito honor de ser su representante en la tierra: los ángeles, fija la vista sobre la casa santa de Nazareth, esperaban ansiosos el resultado de aquella lucha interior en que chocaban la humanidad, el deber y los mas nobles sentimientos del alma. Por fin, el patriarca adoptó una resolución que casi le ni-

vela con la Reina de los ángeles: decidióse á sacrificar su honor, el aprecio público que le adquiriera una vida inmaculada, los medios de subsistencia que le proporcionaban el pan de cada día, y el aire del país natal que es tan grato respirar cuando nos aproximamos á la tumba, para salvar la reputacion de una esposa que ni aun trataba de justificarse y tan cruelmente acusada por las apariencias. Solo habia un modo de dejar á María sin perderla, porque su familia hubiera provocado explicaciones cuyo término no podia ménos de ser fatal: á saber, el de expatriarse, ir á morir léjos en el país del destierro, y cargar sobre su cabeza toda la odiosidad de este abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos, y dolores soportados con paciencia que el cielo paga con igual generosidad que el martirio: tal fué el sacrificio sin ejemplo del esposo de la Virgen. Para conciliar su deber con la humanidad, aceptó de antemano las ofensivas calificaciones de marido sin corazon, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fé: aceptó el desprecio de sus parientes, el ódio mortal de los de María, y resolvió arrancarse con sus manos la corona de su buena fama, para arrojársela á los piés de la que no queria ofender ni con una mirada ni con una palabra de sospecha, que hasta tal punto llegaba su paternal amor.

San Juan Crisóstomo no se cansa de admirar el hermoso y noble comportamiento de San José. "Preciso era, dice este gran santo, que al aproximarse la gracia del Salvador, se presentasen las señales de una perfeccion superior á cuanto se habia imaginado de más perfecto en la tierra. Así como al salir el sol, el Oriente se colora de viva luz ántes que los primeros rayos del día iluminen el horizonte; del mismo modo Jesucristo, á punto de salir del seno de la Virgen, iluminaba el mundo ántes de nacer. Por eso ántes del divino alumbramiento, los profetas saltaron de gozo en el vientre de sus madres, las mujeres profetizaron, y José desplegó una virtud sobrehumana." Hasta aquí Orsini.

José, pues, demasiado prudente y humano para colocarse en la dolorosa alternativa de callar enteramente ó de manifestar ser su-

yo el hijo concebido por María, y previendo los amargos y funestos resultados de una y otra resolucion, halló que el partido más generoso era el mejor. Resolvió, pues, dejar su ciudad y su amada esposa, de quien sospechaba, y con la cual habia pasado tan feliz y agradable vida desde su casto himeneo. Disponíase á la triste separacion, y dormia agitado en su solitario lecho, cuando apareciósele en sueños el ángel del Señor, y le dijo: "José, hijo de David, no temas tener contigo á María tu esposa, porque lo que ha nacido en ella ha sido formado por virtud del Espíritu Santo. Ella parirá un hijo, al cual darás el nombre de JESUS, porque salvará su pueblo librándole de sus pecados." El celeste enviado, al dar á conocer á José el misterio de la Encarnacion y el próximo nacimiento de Jesus, Redentor de los hombres, añadió: "Este es el cumplimiento de lo que fué dicho por el profeta Isaías: Una virgen concebirá y parirá un hijo y se llamará Emanuel, es decir, Dios con nosotros."

El santo esposo, al despertar, adoró las vías inexcrutables de la Providencia, y quedó consolado y tranquilo, sin sentir el peso de aquellas dudas amargas que acibaraban su corazon. Disipóse pues la inquietud de su espíritu iluminado con el resplandor de la fé, como la niebla de la mañana huye á los rayos del astro del día que se levanta con majestad de su lecho de oro.

Otro profeta habia dicho mucho tiempo ántes: "Y tú, Belén, llamado *Efrata*, tú eres pequeña entre las ciudades de Judá, pero de tí saldrá aquel que debe reinar en Israel, y cuya generacion tuvo principio desde la eternidad:" designando así que Jesucristo, Dios-Hombre, tiene dos nacimientos: el uno eterno, ántes de todos los siglos; el otro temporal llegado en la plenitud de los tiempos. "El se elevará delante del Señor, decia otro de los inspirados de Israel, como un vástago que sale de una tierra seca: está sin hermosura, sin esplendor..... nos ha parecido un objeto de desprecio, el último de los hombres." Para cumplir estos oráculos y hacer constar su verdad de una manera irrefragable, suscitó la Providencia uno de aquellos acontecimien-

tos de que es árbitra ella sola, y que dirige soberanamente, aun que los hombres se imaginan producirlos á su sabor y para el triunfo de sus intereses. César Augusto, despues de haber puesto en paz el universo sometido á sus piés, y de haber llevado las águilas del imperio hasta las extremidades del globo, quiso saber cuántas eran las vidas que tenia bajo la proteccion de su espada; y dió un edicto de empadronamiento general, no solo en las provincias, sino tambien en todos los reinos tributarios. A pesar de lo crudo del invierno, todos iban á empadronarse en el pueblo de su naturaleza: los caminos del imperio estaban llenos de pasajeros, y entre otros muchos un carpintero habia salido desde Galilea para venir á la ciudad de sus padres, sita en Judea y llamada Belen, que era la patria de David: traia consigo á su jóven desposada, llamada por él su mujer, que se hallaba en cinta. Al llegar los augustos viajeros, no hallaron lugar en las posadas y casas de Belen, porque el empadronamiento habia hecho acudir allí una multitud considerable de gentes. José carecia de oro, y las puertas de aquellas casas, ménos duras aun que los corazones de sus dueños, no se abrian á los ruegos de la hospitalidad, ni á las súplicas del abandono. El viento de la noche caía helado y fuerte sobre la tierna Vírgen que no proferia una queja, pero que á cada paso se iba poniendo mas pálida y apénas podia sostenerse. Venia la noche: José estaba tambien fatigado de inútiles tentativas. ¡Oh! ¡qué abandono! ¡Ángeles del Señor! ¡Puertas del cielo que no tardaréis en abriros, y de donde saldrán legiones de espíritus bienaventurados para cantar himnos al Salvador recién nacido! ¡Mundo ingrato y cruel que cierras tus duras entrañas á la indigencia y el amor! ¡Oh esposos desechados de todo el mundo! ¡Vosotros os veis obligados á salir de la ciudad en donde nacieron y reinaron vuestros mayores, y á buscar en una caverna oscura, abandonada de los hombres y morada de brutos pacíficos, un asilo para el Criador de los mundos!

La antigua ciudad estaba en efecto situada sobre rocas, en medio de las cuales se habian escavado casas y grutas. En una

pues, de estas cuevas entraron los dos esposos, bendiciendo al cielo por haberles deparado aquel abrigo salvaje; y María, apoyándose en el brazo de José, fué á sentarse sobre una roca desnuda, especie de asiento estrecho é incómodo en lo mas hondo de la cueva.

Allí, pues, sobre aquella piedra, en el silencio de una oscuridad húmeda y helada, cuando las estrellas rutilantes señalaban la media noche, en aquella estrechez y abandono, nació el Salvador del mundo, niño pobre, que ni aun tuvo como Moisés una cuna de mimbres, á quien los hombres negaron el techado, que desterraron con las bestias; y con todo esto era aquel de quien se hablaba en los palacios, en las chozas, en los navíos y en los pozos del desierto; era el anunciado por los profetas, el descado por las naciones, el Mesías venido para pagar nuestro rescate con su sangre, era Jesucristo Nuestro Señor. Con esto nos hizo ver, que la pobreza no es un mal, pues que él la adoptaba. En medio de la noche y de la paz universal nació el Dios pacífico, oculto, haciendo ver así que su reino no debia tener semejanza con la dominacion ruidosa de los conquistadores ordinarios. Era el dia 25 de Diciembre, segun la antigua tradicion de las iglesias, y el año del mundo 4000, ó 4004 segun la opinion de muchos sábios cronologistas.

La Vírgen María dió á luz al Divino Niño sin socorro y sin dolor, le envolvió ella misma en pobres, pero limpios pañales, y le puso en el pesebre del establo sobre un poco de paja. Este establo ha quedado mas célebre que la cuna de ningun monarca; y nadie ha podido desprender de él la piedad del mundo. Los primeros cristianos edificaron allí un oratorio: el emperador Adriano se complació en insultarlos, colocando en su lugar una estatua profana. Pero Santa Elena la hizo desaparecer, y enriqueció estos lugares venerables, de adornos que subsisten todavía en parte, y se distinguen entre los demas que ha reunido la mano de los príncipes cristianos. Sobre la gruta se eleva una iglesia que tiene cinco naves formadas por cuarenta y ocho columnas de mármol.

El establo está debajo del coro, y tiene cerca de cuarenta piés de largo sobre doce de ancho, y nueve de alto. Las paredes están revestidas de mármol, y el pavimento es tambien de un mármol precioso. Allí no penetra la luz del dia, ardiendo sin cesar treinta y dos lámparas de plata como para simbolizar la eterna adoración del mundo. Un mármol blanco incrustado de jaspé y rodeado de un borde circular de plata, indica el lugar en que la Virgen María dió á luz al Salvador. Casi todos los hombres de ese país son mudos para la cristiandad; pero las piedras hablan allí un lenguaje que no ha podido hacer callar ninguna revolucion, ni ningun despotismo.

No léjos de la gruta en que nació el Salvador, habia algunos pastores que velaban en la guarda de sus ganados. De repente un ángel se presenta delante de ellos, vense rodeados de una luz divina y quedan sobrecojidos de temor. "No temais, les dice el ángel, pues vengo á anunciaros un hecho que será para todo el pueblo motivo de grande gozo; y es que hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador que es el Cristo. Y ved ahí la señal para reconocerle: hallaréis un niño en pañales y reclinado en un pesebre." Al mismo tiempo júntase al ángel una legion innumerable de celestiales inteligencias, alabando al Señor y diciendo: "¡Gloria á Dios en las alturas de los cielos! ¡paz en la tierra á os hombres de buena voluntad!" Llegado habia el tiempo, efectivamente, en que la misericordia y la verdad debian encontrarse, la justicia y la paz darse un abrazo, y el cielo y la tierra unirse, los hombres invocar á Dios como á su padre, y darse entre sí el dulce nombre de hermanos, y encontrar en su conciencia purificada su primera y mas grata recompensa.

Tras largos siglos de sangrientas guerras y disturbios en que se agitaban los pueblos conmovidos é inquietos, vinieron todos á guardar silencio postrados y pacíficos bajo la espada de Octavio Augusto. Llegó en esto la plenitud de los tiempos, y en el Oriente, quizá no léjos del punto en que el padre de los hombres habia tragado por primera vez y por culpable debilidad el veneno de la

culpa, nace el verdadero Astro de la humanidad, el Dios increado, el Verbo del Padre, hecho carne, lleno de gracia y de verdad. Preseindiendo aquí de las esperanzas inmortales que viene á traer ese divino Niño para los que como los pastores y los reyes, le adoran y le aman con sencillez y afecto de corazón; si le consideramos como legislador supremo del género humano que ha venido á redimir con su sangre, tendremos largo motivo para admirar y celebrar este hecho grandioso y consolador que muda la faz de los imperios y viene á regenerar la sociedad sin trastornarla, cimentándola bajo sus verdaderas bases; bases eternas como la justicia y suaves como el amor. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, tan desvirtuadas por las pasiones frenéticas de la ambición ó del orgullo, fueron las bases con que el legislador vino á restaurar personalmente la sociedad humana en el tiempo, para poder hacerla dichosa en la eternidad. La libertad de hijos de Dios, que rompió los hierros de la servidumbre con que la mitad del género humano tenia atada á la otra mitad, hizo pedazos todo cetro de tiranía y abolió toda sujecion arbitraria que no fuese necesaria para el sosten y orden de la familia y de la sociedad. La igualdad de hijos de Dios que deshizo el odioso despotismo de las razas, acercó las condiciones mas distantes y desiguales que la fortuna ó el poder pone necesariamente entre los hombres, y les contituye todos hijos de un mismo Padre, redimidos por un mismo Dios, y capaces de alcanzar una misma gloria sin medida y sin término, y la fraternidad, ese gran vínculo que abraza todos los lugares y todos los tiempos, que hace de todos los hombres una gran familia de hermanos, no para destruirse, sino para amarse con un amor tan puro, que se confunda con el mismo amor de Dios. Este amor se llama caridad, virtud divina, sufrida, mansa, tolerante, ardiente, laboriosa, desinteresada, sedienta del bien y de la felicidad de los demas. Tales el espíritu de la ley regeneradora que el Dios nacido en Belen vino á traer á la tierra. El desarrollo de esta ley divina es el único progreso posible de la humanidad. Tiempos hubo en que esta ley de amor dominaba con fuerza, tiempos heróicos.

cos del cristianismo, siglos de oro para la religion, que brillaba mas atizada por la persecucion y por los tormentos. Pero el desdeñoso orgullo, el helado egoismo, el deleite fascinador sofocaron su hermosa llama. El Evangelio es la gran ley de la humanidad: en sus páginas se halla escrito el *non plus ultra* de sus adelantos y de su perfeccionamiento.

No podemos por ahora dar mas extension á esta idea luminosa, y si solo recordar que este gran dia es como la cuna de la regeneracion del mundo, dia en cuya noche diáfana los espíritus celestes repitieron á coros sobre la cuna del Salvador niño las dos palabras que encierran toda la felicidad del mundo: *Gloria y Paz*. ¡Gloria á Dios, Paz á los hombres! ¡Gloria en los cielos, Paz en la tierra! ¡Gloria al Criador, Paz á las criaturas de pensamiento humilde y de recto y sencillo corazon!

Cuando los ángeles se hubieron retirado en el cielo llevando consigo su divina armonía y sus resplandores, los pastores se dijeron entre sí: «Vamos hasta Belen, y veamos lo que ha sucedido.» Y llenando sus cestas de sencillos presentes, dejaron sus rebaños y corrieron presurosos hácia la ciudad de David á la brillante luz de las estrellas. Movidos secretamente por un impulso de lo alto, al pasar por delante de la cueva, entraron en el pobre establo, y encontraron á María y á José velando sobre el Niño reclinado en el pesebre, segun el oráculo divino. Eran la humildad, la pobreza, la sencillez de corazon, personificadas en aquellos rústicos, que venian á rendir el primer homenaje al Dios de estas mismas virtudes, recién venido sobre la tierra. Eran las primicias de los justos, á quienes se habia revelado el grande arcano, oculto aun á los poderosos de la tierra, que venian á alternar con los ángeles para celebrar el nacimiento de aquel Dios grande que dijo despues al universo: ¡Felices los pobres de espíritu, los mansos, los humildes de corazon! La Virgen no rehusó el informarse de lo que el ángel les habia revelado; pero conservaba todos estos gloriosos prodigios en el recinto de su corazon, y los cubria de un inviolable silencio, para mostrar, dice un antiguo contemplador,

que era tan discreta su boca como casto su cuerpo. Los pastores regresaron á sus chozas alabando á Dios por lo que habian visto y oido, y llenaron de admiracion á todos cuantos refirieron las maravillas de aquella noche memorable. La Iglesia celebra en la media noche del 25 de Diciembre el nacimiento de Jesucristo, y en la aurora de aquel mismo dia el recuerdo de la adoracion de los pastores. Bajo las majestuosas basílicas, así como bajo el humilde techo del templo de la aldea, resuenan la flauta y el tamboril, música tan sencilla como el corazon de los primeros adoradores de Dios; armonía divina que enlaza la candidez del alma con los mas elevados designios de Dios sobre sus criaturas. Al oir los sinceros cantares de aquellos rústicos, tan inocentes como afortunados, á quienes se comunicó la nueva feliz, y al ver al Niño Dios sobre nuestros altares que se deja adorar por los niños y por los reyes, ¿qué pecho sensible no salta de un júbilo santo, anegado dulcemente en este oceano sin fondo de candorosos misterios, que en medio de la desolada y aterida naturaleza, respiran todos la ternura y el amor?

En primero de año, celebra la Iglesia la fiesta de la Circuncision, en que la humildad del criador se somete á la ley hecha para la criatura. Ignórase absolutamente la persona á quien cupo el honor de ser el padrino del Hijo de Dios, bien que, segun los Santos Padres, hay conjeturas para creer que San José fué su padrino. En esta circunstancia fué cuando recibió aquel nombre traído del cielo por un ángel, el nombre de Jesus, ante el cual doblan su rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los abismos.

Este rito fué ordenado por Dios á Abraham, como un sello de la alianza y de las promesas que hizo á este patriarca y á sus descendientes, de los cuales formó el pueblo, especialmente querido, de que nacer debia el Hijo de Dios. Los árabes descendientes de Abraham, por Ismael conservaron esta ceremonia de la Circuncision, que ejecutaban cuando el niño tenia tres años, tiempo en que fué circuncidado Ismael. De los árabes tomarian este